

norteamericana a conceder acceso incondicional. A Estados Unidos, el doctor Tobiassen sugiere que "un reconocimiento explícito de los derechos e inmunidades internacionales del personal de la ONU constituiría una contribución valiosa para el fortalecimiento de la organización internacional como un factor efectivo de estabilidad en las relaciones internacionales". A las Naciones Unidas les pide, a su vez, que soliciten de sus miembros que se abstengan de nombrar delegados que sean potencialmente objetables por parte del gobierno de Estados Unidos.

La última parte del libro del doctor Tobiassen es una colección de estudios de caso, meticulosamente documentados, sobre la renuente actitud norteamericana, en términos de acceso a las Naciones Unidas. El capítulo XVII, por ejemplo, hace referencia a la petición del gobierno de Estados Unidos, en 1956, a varios funcionarios y delegados soviéticos de las Naciones Unidas para que abandonaran el país por estar relacionados con prácticas de espionaje y otras actividades subversivas. Estas páginas estimulan la imaginación del lector y satisfacen su curiosidad, pero difícilmente puede esperarse que las lean como historias populares de espionaje debido a su carácter académico.

El detallado estudio del doctor Tobiassen sobre el derecho de acceso a las Naciones Unidas es el primero de su clase. Fue escrito con diligente cuidado, profundo conocimiento de los variados elementos de carácter político y de seguridad involucrados, y gran paciencia en el manejo de las voluminosas fuentes de información. Lo anterior se refleja en la gran cantidad de referencias y notas al pie en cada capítulo. El libro del doctor Tobiassen, proporciona además un basamento teórico, da cuenta de los bien conocidos casos de los años cincuenta y además menciona aquellos que escaparon a la atención pública o que fueron olvidados.

El estilo académico del doctor Tobiassen hace en ciertos momentos difícil y tediosa la lectura, de ahí que tal vez sea más ventajoso diferirla a lo largo de un período más o menos amplio y enmarcarla dentro del clima político y diplomático que prevaleció en aquella época.

ELISABETH E. BRAUN

Traducción del inglés: ELENA MUÑOZ

LEONARD BARNES, *African Renaissance*, Londres, Víctor Gollancz, Ltd., 1969, 304 pp.

Desde 1960, el gran año de la Independencia Africana, ha habido una creciente erupción de publicaciones sobre los problemas políticos y económicos que confronta el continente africano. Sin embargo, los trabajos de calidad han sido pocos y espaciados entre sí. La obra *African Renaissance* de Barnes pertenece a esta última categoría.

Las proyecciones de la ola de orgullo e indignación de África constituyen sólo un aspecto global que Barnes llama la "brecha A.A.L.A.", refiriéndose a Asia, África y Latinoamérica. De acuerdo con el autor, tal brecha existe debido a la creciente divergencia entre los niveles de vida de esos continentes, por un lado, y los de los países europeos y Estados Unidos, por el otro. Lejos de carecer de vínculos entre sí, la creciente afluencia de los países superdesarrollados y la miseria acumulada de las naciones subdesarrolladas constituyen "un nexo orgánico de carácter patológico", en el cual lo primero permanece como base y lo último como consecuencia.

Los nuevos líderes africanos se han enfrascado, sin duda, en la tarea de reducir algunas de estas "disparidades terribles". Sin embargo, sus vigorosos intentos están siendo anulados por tres factores: *i*) la dependencia con respecto a mercados externos de carácter inestable; *ii*) los requerimientos crecientes del servicio de la deuda como resultado de la ayuda internacional, y *iii*) el incontrolado crecimiento de la población. Todo esto ha conducido a África y a otros angustiados continentes del globo fuera del camino correcto y dentro de "un bosque oscuro, áspero, deprimente y desolado".

En la búsqueda de un camino alternativo para su redención económica y política, África debe descartar la noción de que puede seguir con éxito la misma senda por la que los países industrializados han transitado desde mediados del siglo pasado. Esto debe hacerse porque los procesos que primeramente indujeron la brecha entre afluencia y miseria, hace cerca de cien años, se originaron en los países industrializados de Europa y América del Norte y se encuentran aún en funcionamiento, inclusive a un paso más alarmante. La necesidad de un mercado amplio creó en las vigorosas naciones industriales un deseo intenso de convertirse en imperios. Mientras que Gran Bretaña, pionera del sistema industrial, extendió su control imperial por China e India, Estados Unidos entró ilegalmente en el mercado japonés "mediante un ataque llevado a cabo sobre el modelo británico contra China". En los años ochenta del siglo pasado comenzó la batalla por la posesión de África y hacia 1900 estaba casi terminada.

El notable aumento del ingreso *per capita* en los países industrializados no se habría efectuado de la misma manera si el resto del mundo no hubiera sido repartido en "mercados preferenciales para sus exportaciones y en fuentes semi-exclusivas de materias primas para sus industrias". La brecha entre la afluencia y la miseria así inducida continúa, no obstante la liquidación formal de los imperios, a despecho del programa de la Década del Desarrollo de las Naciones Unidas y de la estrategia económica general de la mayoría de los nuevos Estados africanos. Y esto porque "la riqueza de las naciones superdesarrolladas está relacionada, a través del mecanismo del mercado, con la pobreza de los países subdesarrollados como causa y efecto". Como lo ha señalado Nicholas Kaldor: "Existe una notoria inconsistencia entre la meta declarada por los países desarrollados, en el sentido de proveer asistencia para el desarrollo de las naciones pobres a través de ayuda económica en gran escala, y sus políticas comerciales, las cuales impiden que dicha ayuda rinda sus frutos".

Esto no significa que los países africanos no necesitan ayuda. Su penuria continúa siendo desesperante. Pero el criterio adecuado para la consideración de la verdadera ayuda es "el grado en que la misma fortalece la viabilidad económica del continente y la reconstrucción soberana dentro de él". En esta etapa, el autor subraya la contraparte doméstica de la "brecha A.A.L.A.", a la cual él llama "la brecha Onitiri" en honor del eminente economista nigeriano H.M.A. Onitiri. Este aspecto del problema consiste en la canalización de una gran proporción del financiamiento externo hacia la industria y el comercio urbanos y hacia la extracción de minerales, pero sin destinar casi nada al desarrollo rural. "La relación [dice Onitiri] entre las áreas rurales y las áreas urbanas en expansión es muy parecida a la que existe entre los países subdesarrollados y las naciones desarrolladas del globo". En realidad, la brecha Onitiri amenaza la unidad interna de los mini-Estados africanos de manera tan seria como la brecha A.A.L.A. amenaza la paz del mundo. Eso mismo yace

en el fondo de la continuada crisis de liderazgo en toda la extensión del África negra.

Barnes sistematiza un conjunto imponente de evidencias convincentes para sustanciar su tesis, la que resulta tan ilustrativa como refrescante. Y lo que es igualmente importante, también identifica los ingredientes básicos de un renacimiento africano auténtico que aún está por venir.

M. S. AGWANI

*Universidad Jawaharlal Nehru*

Traducción del inglés: RAÚL MORALES